

DEL HABLA POPULAR

Oscar Conde*

LA POLISEMIA Y LA SINONIMIA: DOS CARACTERÍSTICAS ARGÓTICAS

Es corriente entre los estudiosos de los argots afirmar que estos poseen dos características distintivas: la polisemia —esto es, la pluralidad de significados para una misma palabra— y la sinonimia. Algunos, como Sourdot, afirman incluso que «esta proliferación de formas o de sentido está puesta en relación directa con el objetivo de ocultamiento» (Sourdot, 2002, p. 35). Personalmente, no creo que eso sea cierto. El verbo *llevar* reúne, en la última edición del *DRAE*, veintitrés acepciones —sin contar las locuciones que se forman con él— y el sustantivo *punto*, cuarenta y dos. ¿Debería concluirse que la polisemia de estos dos vocablos castellanos esconde una finalidad de encriptamiento latente? El argumento de Sourdot tampoco resiste el menor análisis si se aplica a los sinónimos: ¿qué busca ocultar el sustantivo *fuerza* que, en cualquier diccionario de sinónimos escolar, despliega las acepciones *energía, potencia, resistencia, fortaleza, esfuerso, poder, autoridad, brío, impulso, empuje, ímpetu, pujanza y vigor*?

Muy diferente es, en cambio, definir el lunfardo y cualquier otro argot como vocabularios sinónimos. Respecto de la lengua estándar, naturalmente lo son.

La polisemia y la sinonimia —en rigor debería decir cuasisinonimia, ya que lo más parecido a una sinonimia perfecta sólo es posible de encontrar en las tautologías—, en tanto recursos expresivos de todas las hablas populares, cumplen la función de poner de manifiesto el carácter básicamente lúdico de los argots.

Por alguna razón, en determinados períodos ciertas palabras cobran relevancia, comienzan a sonar con insistencia, se ponen de moda e intervienen en la formación de locuciones. Fue, por ejemplo, el caso de *batir* (un lunfardismo surgido en el siglo XIX que procede del italiano jergal *battere*, ‘decir’), con el cual

* Doctor en Letras por la Universidad del Salvador (USAL) y Miembro de Número de la Academia Porteña del Lunfardo. Actualmente es Profesor e Investigador en la Universidad Pedagógica de la Provincia de Buenos Aires y en la Universidad Nacional de Lanús.

Correo electrónico: oscar.conde@fibertel.com.ar.

Gramma, XXIII, 49 (2012), pp. 154-160.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0161.

se han formado sucesivamente las expresiones *batir la cana*, ‘delatar’; *batir la posta, la justa o el justo*, ‘contar los hechos con exactitud’, ‘decir la verdad’, ‘hablar con cierta autoridad’; *batir ruina o mugre*, ‘desacreditar’, ‘denunciar’ y *batir sucio*, ‘difamar’. Del mismo modo, sucede con el sustantivo *cancha*, que se incluye en *abrir cancha*, ‘abrir paso’; *dar cancha*, ‘conceder alguna ventaja’; *embarrar la cancha*, ‘complicar las cosas deliberadamente’; *hacer cancha*, ‘dar paso’; *inclinarse la cancha*, ‘sacar una importante ventaja’ y *tener cancha libre*, ‘poder actuar con libertad, sin obstáculos’. En la década de 1970, la palabra estrella fue *onda* y con ella se formaron las frases *de onda*, ‘de buena gana’; *estar con buena o con mala onda*, ‘estar con buen o mal ánimo’; *haber buena onda*, ‘percibirse un buen clima’; *haber mala onda*, ‘percibirse un mal clima’; *¿qué onda?*, ‘¿qué pasa?’; *ser buena onda*, ‘tener un trato agradable’; *ser un (o una) mala onda*, ‘tener mal carácter’, ‘maltratar a los demás’; *tener buena onda*, ‘estar bien predispuesto’; *tener (toda la) onda*, ‘generar un interés particular’; y *tirar buena o mala onda*, ‘predisponer hacia sí bien o mal a los demás’.

En los últimos años, uno de esos términos usuales es *ficha*. Con la acepción de ‘cartulina en la que se anotan datos’ generó *sacarle a alguien la ficha* ‘reconocer qué clase de persona es’; como ‘pieza pequeña que se usa para poner en marcha determinados aparatos’ se usa en las locuciones *caerle a uno la ficha* ‘entender completamente algo’, *ponerle fichas a alguien* ‘intentar convencer a otro de que obre de determinada manera’ y *saltar la ficha* ‘hacerse evidente’.

Algo semejante ocurre con ciertos lexemas que, puestos de moda en el habla popular, se cargan de distintas significaciones —en algunos casos incluso cambian de sentido, desechando los viejos y tomando otros nuevos— y se vuelven así palabras polisémicas, cuyo significado resulta fluctuante. No obstante, en la mayor parte de los casos, los enunciados que contienen algunas de estas voces son fácilmente comprensibles, aunque tal vez no tanto sus matices expresivos y sus connotaciones.

A modo de ejemplo, listaré algunos lunfardismos con diversas acepciones. *Batata* puede significar ‘vergüenza’, ‘desconcierto’, ‘atolondramiento’, ‘miedo’, ‘persona apocada’, ‘coche viejo’, ‘pene’, todos ellos como sustantivo femenino, y además, como masculino, ‘guardaespaldas’. El verbo *comerse* posee las acepciones de ‘penetrar’, ‘matar’, ‘aguantarse’, ‘desperdiciar una oportunidad’, ‘llevarse por delante algo o a alguien’ y ‘creer una mentira’. El sustantivo *papa* puede significar ‘cosa de gran belleza o provecho’, ‘mujer hermosa’, ‘cosa conveniente o fácil de hacer’, ‘oportunidad’, ‘agujero en la media’, ‘cáncer’, ‘enfermedad del SIDA’ y

‘droga’. Una *goma* puede ser el bastón policial, un automóvil, un preservativo, un pene, un seno, una gresca. Del mismo modo, un *verso* puede ser un palabrerío incoherente, una argumentación engañosa, un discurso con fines de seducción o una mentira y el *queso*, el presupuesto nacional, un beneficio estatal, el apetito sexual desmedido o una persona inhábil.

La anfibología —el uso de expresiones de doble sentido— y la ambigüedad, efectivamente, se producen en el habla popular, si esa es la intención del enunciatario, pero del mismo modo en que se verifican en las lenguas estandarizadas. *Yegua* es un caso de anfibología en lunfardo: por un lado, designa a una mujer hermosa y seductora; por otro, se aplica a una mujer malvada, vengativa, perversa, dañina o peligrosa. Nada impide que un hablante califique como *yegua* a una mujer combinando ambos sentidos, o al menos jugando con ellos.

Dos casos paradigmáticos en materia de ambigüedad polisémica son, en este sentido, las voces *pelotudo* y *atorrante*, cuyos significados como adjetivos, dada la amplia naturaleza de sus espectros semánticos, requieren conocer el contexto para su correcta interpretación. Un único vocablo puede contener en lunfardo las connotaciones más diversas, tal como acerca de la palabra *pelotudo* descubrió Raúl Scalabrini Ortiz: «*Pelotudo* es tanto el honrado, el puntilloso, el cumplidor, el probo, el continente, el fehaciente, el económico, el tacaño, el disciplinado, el circunspecto, el equitativo, el enfermizo, el pachorriente, como el opa» (Scalabrini Ortiz, 1941, p. 122). Vale decir que un término que se usó en principio con las acepciones de ‘tonto’, ‘imbécil’ o ‘poco avisado’, puede servir también para calificar modos de ser o de actuar moralmente irreprochables. En idénticas condiciones se halla la voz *atorrante*. Vicente Palermo y Rafael Mantovani han hecho notar que este antiguo lunfardismo puede significar, actualmente, «desde persona poco seria, caradura, sinvergüenza, de vida ociosa, marginal, hasta individuo informal, travieso, simpático, divertido, seductor, querible» (Palermo & Mantovani, 2008, p. 75). Sólo a partir del contexto situacional y del tono del hablante puede interpretarse qué es lo que se quiere decir con *atorrante*. El caso se agrava si se lo utiliza en género femenino, ya que *atorranta* podría interpretarse además como ‘prostituta’ o ‘mujer fácil’.

Se ha dicho infinidad de veces que la sinonimia es una constante en las hablas populares. Lo es, pero sólo en campos léxicos determinados: la mujer, ciertas partes del cuerpo —especialmente los órganos sexuales—, algunos elementos de uso cotidiano —como el dinero o la cama—, algunos estereotipos sociales

—como el vago, el adinerado, el homosexual, el policía—. La generación de sinónimos se focaliza básicamente en estos elementos. El argot francés, por ejemplo, registra unas sesenta formas para denominar el *dinero*, unas veinte maneras de decir *comer* y otras tantas para *policía*¹.

Es necesario insistir una vez más en que la sinonimia no obedece, como se repite a menudo, a ningún afán de ocultamiento. La prueba de ello es que las palabras con mayor cantidad de sinónimos son *mujer*, *cabeza*, *pene*, *dinero*, *homosexual*, y no se percibe la razón por la que un hablante querría encriptar alguno de estos sememas. Si lo que buscarse fuera una expresión eufemística, bastaría con que usara el término no marcado de la lengua estándar. Teruggi explica con sencillez el porqué de la proliferación sinonímica:

Se tiene la impresión de que la sinonimia argótica es innecesaria, que no representa otra cosa que una exuberancia lingüística de muy escasa o ninguna utilidad. Y sin embargo no es así, pues esa abundante sinonimia —que por lo general es de fácil comprensión— tiene por objeto actualizar las palabras, cambiarlas para que adquieran un sentido de presente y, por ello, hacerlas sentir más vivas y próximas (Teruggi, 1974, p. 130).

Como las palabras se desgastan con el uso y pierden su sabor y su gracia, resulta necesario renovar el vocabulario. Es este deterioro el que origina la sinonimia argótica. Felipe Fernández «Yacaré» dedicó varias estrofas de su poema «¡Qué merzal», incluido en su libro *Versos rantifusos* (1915), a ofrecer sinónimos lunfardos de varias palabras. Entre otros términos, una estrofa completa se consagra a los sinónimos de *mujer*, otra a los de *dinero* y una tercera a los de *tonto*. Reproduzco un pasaje del poema:

Yo a la mina le bato paica, feba, catriela,
percanta, cosa, piba, budín, o percantina;
chata, bestia, garaba, peor es nada o fémina,
cusifai, adorada, chirusa, nami o grela.

A la guita le llamo sport o ventolina,
menega, mosca, duros, shosha, morlacos, vento,

¹ *Dinero* puede decirse *artiche*, *as*, *aspine*, *aubert*, *avoine*, *balles*, *benrre*, *biftons*, *blanquette*, *blé*, *boules*, *braise*, *bulle*, *caire*, *carbur*, *carme*, *chels*, *caillasse*, *clande*, *craisbi*, *donille*, *fajots*, *fifrelins*, *flouze*, *foufrage*, *fraiche*, *fric*, *galette*, *galtouse*, *ganot*, *gibe*, *graisse*, *grisbi*, *japonais*, *lard*, *love*, *maille*, *monaille*, *mornifle*, *némo*, *os*, *oseille*, *osier*, *pepêtes*, *pése*, *picaillons*, *pimpions*, *plâtre*, *pognon*, *radis*, *rafia*, *ronds*, *sauce*, *sondure*, *talbins*, *trêfle* o *thune*.

Para *comer* existen, entre otras, las variantes *becqueter*, *bouffer*, *boulotter*, *briffer*, *cartoucher*, *casser la croûte*, *casser la dalle*, *casser la graine*, *claper*, *croûter*, *damer*, *galimafreter*, *gamelle*, *grailler*, *jaffer*, *mastéguer*, *morfiler*, *tortorer*, *rayaver*.

Finalmente, un *policia* puede denominarse, por ejemplo, *archer*, *bignolon*, *bourdille*, *cogne*, *condé*, *flic*, *kenf*, *matuche*, *pandore*, *perdreau* (de *drauper*), *poulet* (que originó *poulagas*, *poulardin*, *pouleman*), *royco*, *deké* (abreviación de *dekiz*, *verlan* de *kizidé*), *roussin* y *schmidt*.

nales o bataraces, gomanes o «elemento»,
mangangás o guitarra, es decir meneguina.

Quando calo un vichenzo, le bato gil, pipiolo,
turro, otario, pangrullo, gilimursi o batata;
vichenchino, gilurdo, codeguín, papanata,
marmota, zanagoria, salamin o chingolo (Fernández, 1980, p. 68).

A los quince sinónimos de *dinero* versificados por «Yacaré» podrían agregarse, por ejemplo, *binyaya*, *chala*, *efeté*, *espór*, *fasules*, *filo*, *filosofía*, *mosqueta*, *rupias*, *tarasca*, *teca*, *torta* y *ventolín*.

El de *mujer* es un caso útil para exponer cómo se articulan sus sinónimos. Varios lunfardismos con este significado resultan formas neutras o peyorativas: *catriela*, *feba*, *garaba*, *grela*, *percanta*, *lora*, *percantina*, *macha*, *mina*, *mosaico*, *mueble*, *mujica*, *naifa* y *paica*. En ciertos contextos, algunos podrían connotar ternura o afecto, pero no es lo habitual. En cambio, son abiertamente ponderativos *biscuit* (tomado de una voz francesa que significa ‘porcelana’), *broto*, *chichi*, *cosa*, *cosita*, *dona*, *diosa*, *mamita*, *mamaza*, *minón*, *papa*, *papirusa* y *papusa*. En la primera mitad del siglo XX, era frecuente la comparación de una mujer sexualmente atractiva con comestibles o comidas. Así se crearon *atún*, *bombón*, *brevia*, *budín*, *churrasco*, *churro*, *formayo* y *piayentín*. En la década de 1960, a una muchacha perturbadora se le decía, en Uruguay, *lechona*, idea que no prosperó en la Argentina, donde *lechón* y *lechona* designan en lunfardo a personas obesas. A las beldades, especialmente si son exuberantes, por analogía, también se les dice *avión*, *bomba*, *camión* y *máquina*. Con el tiempo, surgieron formas de designar a una mujer atractiva, por lo general además provocadora, con denominaciones de animales: *bestia*, *gata*, *leona*, *loba*, *pantera*, *potra*, *potranca*. La voz *yegua*, como dije, es sinónimo de los términos anteriores, pero en algunos contextos adquiere connotaciones completamente negativas².

Otro concepto con una amplísima gama de sinónimos en lunfardo es *cabeza*. Algunos de ellos, especialmente los nombres de vegetales, son metáforas formales; otros apuntan a su posición anatómica o a subrayar características desagradables. Así, por su forma, es llamada *balero*, *calabaza*, *mate*, *melón*, *tomate* o *zapallo*; por su ubicación en el cuerpo, *altillo*, *azotea*, *chimenea* y *terrazza*; por

² Algunas curiosidades. El término *churro* actualmente se ha especializado en su aplicación a varones. Por analogía con *yegua* y *potra*, se crearon respectivamente *yeguo* y *potro*, que significan «varón atractivo, de excelente físico». También el argot francés exhibe un amplio arco de sinónimos para *mujer*: *belette*, *bombe*, *bourgeoise*, *frangine*, *gazelle*, *gerve*, *gisquette*, *gonzesse*, *gonze*, *greluche*, *greluse*, *grognaise*, *meuf*, *miss*, *nana*, *nière*, *polka*, *poupée*, *smire*, *souris*, *taupe*, *zoulette*, etcétera.

su función, *pensadora*, *pensarosa* y *sabiola* —voz que connota la sabiduría que alberga—. Antiguamente, también se la denominó *aceitosa*, pues antes de la invención de la gomina los hombres recurrían a ciertos aceites para peinarse y *piojera* y *caspera*, por ser el lugar donde se encuentran tanto los piojos como la caspa. Por su contenido se acuñó el lunfardismo *fosforera*, ya que el nivel de fósforo en el cerebro determina el nivel de inteligencia, y *pajarrera*, a partir de la expresión *tener pajaritos en la cabeza*, ‘poseer ambiciones desmedidas’. Y eso no es todo. Resta mencionar *baldosa*, *bocha*, *bocho*, *bóveda*, *capilla*, *capocha*, *croqueta*, *cuca*, *cucuzza*, *marote*, *marulo* y *testamento* (cfr. Del Valle, 1967).

Unos cuantos vocablos lunfardos nombran a la *vulva*: *argolla*, *bagre*, *cacerola*, *cachucha*, *cajeta*, *chucha*, *concha*, *cotorra*, *cucaracha*, *figa*, *papo*, *raya*, *tajo* y *zanja*. Pero muchísimos más se adjudican al *pene*: *abrelatas*, *aparato*, *badajo*, *bala*, *banana*, *batata*, *berenjena*, *bergamota*, *bicho* (y su vesre *chobi*), *bizcocho*, *bomba*, *butifarra*, *cabezón*, *chaucha*, *chorizo*, *chota*, *choto*, *fideo*, *flauta*, *ganso* (y su vesre *sogán*), *garcha* (y su vesre *chagar*), *goma*, *instrumento*, *machete*, *morcilla*, *morgan*, *muñeco*, *nabo*, *nutria*, *palo*, *pedazo* (y sus vesres *zodape* y *zopeda*), *pelado*, *pendorcho*, *pepino*, *pesheto*, *pija* (y su vesre *japi*), *pindonga*, *pingo*, *pinocho*, *piola*, *pistola*, *pito*, *pomo*, *poronga* (y su vesre *garompa*), *tararira*, *termo*, *toronja*, *tripa*, *trozo*, *vela*, *verga* y *zocotroco*.

En un artículo periodístico publicado en la revista *Che*, el 1° de noviembre de 1960, escribió Ernesto Sabato que «todo tipo de argot (aquí y en cualquier otro país) envejece con vertiginosa rapidez, y palabras modelo 1925 como *fifi* son reemplazadas por otras que tienen su cuarto de hora de esplendor como *pituco*, para en el ocaso de su gloria sufrir el embate de *petitero*» (*apud* Gobello & Oliveri, 2005, p. 216). Desde el punto de vista diacrónico, la serie completa para definir en lunfardo a un individuo de modales afectados sería: *cajetilla*, *ffifí*, *pituco*, *petitero*, *caquero*, *concheto*, *cheto*.

Este proceso de envejecimiento y renovación de los vocablos es recurrente. El significado ‘gran cantidad de algo’, por ejemplo, se ha ido expresando con diferentes significantes: una *banda*, una *bocha*, un *fangote*, una *parva*, un *pedazo*, una *punta*, un *toco* y un *vagón*. Algunos de esos significantes formaron además, a lo largo del tiempo, sucesivas expresiones cuasisinonímicas: lo que alguna vez fue una *ponchada de plata* más tarde se denominó un *vagón de güita*, y luego un *fangote de tela*. En estas frases hechas, el núcleo y el complemento podrían intercambiarse, pero no sucede con frecuencia, en primer lugar, porque se trata precisamente de frases hechas y, en segundo lugar, porque tanto *ponchada* como *vagón* o *fangote* son términos históricamente fechados, propios de una

época, de modo tal que no todas las combinaciones son posibles: nadie diría una *ponchada de tela*, por ejemplo.

En los últimos años, en los que la cerveza desplazó entre los jóvenes al resto de las bebidas alcohólicas, se recuperó el olvidado italianismo *birra* y se crearon nuevos sinónimos como *chicha*, *fresca* y *rubia* (probable calco del brasileñismo *lourinha*, como observa Rodríguez, 1987).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Del Valle, E. R. (1967). Derivación sinonímica en el habla popular porteña. *Comunicación académica* N.º 238. Buenos Aires: Academia Porteña del Lunfardo.
- Fernández, F. «Yacaré» (1980). *Versos rantifusos*. Buenos Aires: Macondo.
- Gobello, J. & Oliveri, M. H. (2005). *Summa Lunfarda*. Buenos Aires: Corregidor.
- Palermo, V. & Mantovani, R. (2008). *O caminho das pedras. Manual de gíria brasileira*. Colección Claves para todos. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Rodríguez, T. (1987). *Primer diccionario de sinónimos del lunfardo*. Buenos Aires: Atlántida.
- Scalabrini Ortiz, R. (1941). *El hombre que está solo y espera*. Buenos Aires: Reconquista.
- Sourdou, M. (2002). *L'argotologie: entre forme et fonction*. *La linguistique*, 2002/1, 38, 25-40.
- Teruggi, M. E. (1978). *Panorama del lunfardo*. Buenos Aires: Sudamericana.